

Llega á Tlalmanalco, recibe los últimos auxilios espirituales, y obsequiando la orden de su guardian, consiente en que se le traslade á Méjico para que en el monasterio de esta ciudad puedan sus hermanos dispensarle atenciones y cuidados que no es dable hallar en una poblacion escasa de recursos.

Mas la esperanza que se fundaba en este paso, se disipa en breve. Colocado en una silla, sostenida por algunos sirvientes, camina en compañía de tres religiosos hácia el pueblo de Ayotzinco, donde habrá de embarcarse para llegar á Méjico por agua.

Eternas parecen las dos leguas que separan á Tlalmanalco de ese lugar; pero al fin ya están en la ribera.

Disponíase el santo religioso á entrar en una canoa, cuando, mudando repentinamente de propósito, se acoge á la sombra de un sauce; pónese de rodillas, y volviéndose á Fr. Antonio Ortiz, le dice:—“Defraudádose ha mi deseo,” aludiendo con estas palabras al martirio que había intentado ir á buscar á China.

Pocos segundos despues, encomendando su alma al Señor, deja de vivir.

Sus compañeros quedan como petrificados al recibir un golpe tan rudo quanto inesperado. Arrodíllause todos á orar, y el sol baña con rayos de oro aquel grupo inmóvil de tres hombres atribulados, haciendo brillar las lágrimas que se deslizan silenciosamente por sus mejillas.

xv.

Así terminau los dias de un hombre que jamás se desvió de la senda de la virtud. Años antes había asegurado al P. Ortiz, su amigo, que moriria en el campo, y ya hemos visto con cuánta puntualidad se verificó el pronóstico.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Tlalmanalco, acompañándole hasta la última morada las lágrimas de los religiosos y de los naturales, que con la pérdida de aquel padre virtuoso se sentian huérfanos y desolados. Algunos dias despues el P. Testera, que á la sazón era custodio, hizo exhumar los restos venerables y trasladarlos al convento de Méjico, en donde se

les dió honrosa sepultura. Dícese que pasados algunos años fueron de allí trasladados ocultamente á la gruta de Amaquemécan.

El sauce que contempló la agonía del ilustre apóstol permaneció fresco y lozano por mucho tiempo; pero aun mas fresca vive la memoria de las virtudes del mismo héroe, cuyo nombre, aunque no se ve en el catálogo de los santos, ocupa sí un lugar eminente en el de los benefactores de la humanidad.

Al referir su vida hemos hecho mencion de algunas circunstancias en que campea lo maravilloso. Aun cuando la filosofía no apadrine tales especies, de propósito hemos querido darlas á conocer por conservar á la crónica su fragancia de poesía. Pero donde debe estudiarse al P. Valencia, donde puede observarse á las claras la influencia saludable que ha ejercido, es en la série de hechos que constituyen su existencia real, esto es, en su conducta, en su comercio ordinario con los hombres, no en la vida contemplativa, no en la vida del espíritu estasiado ante las tornasoladas regiones del misticismo. Allí se admira á un hombre que al atravesar por el mundo no ha tenido mas móvil, no ha tenido otro deseo que el de hacer bien, que el de hacer bien aun á costa de su propio bienestar, y que tuvo la rara constancia de perseverar en el mismo deseo hasta la tumba.

VI.

POPULARIDAD.

Si la palabra santa halló eco muy pronto en los corazones de los mejicanos, fue debido á que los mismos en cuyos labios resonaba eran los primeros en dar á conocer por su conducta, que era una verdad la doctrina que predicaban.

Cuando llegaron á nuestro país los religiosos de San Francisco, encontraron á los naturales destituidos de todo amparo,

espuestos á todo género de vejaciones, y abandonados á su primitiva ignorancia en materias de sumo interes, como son las que miran al conocimiento de la Divinidad y á los deberes del hombre con sus semejantes. Ellos entonces, fieles á su enseñanza de paz y caridad, se consagraron á remediar estos males con el anhelo, con el amor entrañable que hemos visto precedentemente, y que los puso en la categoría de misioneros apostólicos, no menos que de padres y protectores de los infelices indios.

De aquí procedió el cariño verdaderamente apasionado con que estos los trataban, y que llegó hasta el extremo de que rehusaran en sus pueblos la presencia de los religiosos de otras órdenes, particularmente de aquellos que no les mostraban el afecto sincero que los hijos de San Francisco. Sobre este particular es notable el siguiente caso, sucedido en Yeticatlan, y que refiere Motolinía. “Yendo por allí un fraile de cierta orden que no les ha sido muy favorable en obra ni en palabra (á los indios), y queriendo bautizar los niños de aquel pueblo, el español á quien estaban encomendados puso mucha diligencia en ayuntar los niños y toda la otra gente, porque había mucho tiempo que no habían ido por allí frailes á visitar, y deseaban la venida de algun sacerdote; y como por la mañana fuese el fraile con el español de los aposentos á la iglesia, do la gente estaba ayuntada, y los indios mirasen no sé de qué ojo al fraile, en un instante se alborotan todos y dan á huir cada uno por su parte, diciendo: *amo, amo*, que quiere decir:—no, no; que no queremos que este nos bautice á nosotros, ni á nuestros hijos.—Y ni basta el español ni los frailes á poderlos hacer juntar, hasta que despues fueron los que ellos querian; de lo cual no quedó poco maravillado el español que los tenia á cargo, y así lo contaba como cosa de admiracion.”

Así como para persuadir es necesario estar persuadido, tiene que amar mucho quien quiera ser muy amado. Salvo casos muy escepcionales, esta ley de reciprocidad se observa en la correspondencia de los afectos humanos: cómo, pues, podian sustraerse á ella corazones como los mejicanos, naturalmente rectos, inclinados al bien sin el mas mínimo esfuerzo, y en los cuales la memoria del beneficio recibido es una llama siempre viva que obliga á la gratitud! ¿Y cómo no aficionarse á unos hombres que sin aparato, sin otra mira que el deber, á costa de

mil penalidades y con peligro de su fama y aun de su misma existencia, desempeñaban el papel de patronos de la desgracia ante el inexorable tribunal de los opresores! Apreciada como es debido esta conducta, ¿podia el corazon, podia la inteligencia desdeñar el suave yugo del Evangelio? ¿Era dable rechazar una doctrina que se predica, que se patentiza con la palabra y con las obras? ¿Podian ser objeto de indiferencia los misioneros sencillos en quienes se admiraba este feliz consorcio del pensamiento con la realidad?

De ninguna manera, y he aquí por qué la popularidad de los franciscanos era inmensa; he aquí por qué ese prestigio, hijo de la caridad y de la pureza de costumbres, fue siempre en ellos un poder irresistible y sobrehumano con que realizaron en aquella sociedad las mas nobles empresas.

¿Se pretende tener un ejemplo de los hechos que servian de base á esa influencia? No hay mas que recordar la respuesta que los vecinos de algunos pueblos dieron á D. Sebastian Ramirez de Fuen Leal, presidente de la primera audiencia, con ocasion de preguntarles por qué no recibian bien sino á los frailes de San Francisco. “Porque estos (decian) andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente.”

¡Respuesta admirable! ¡lección sublime que debieran aprovechar en todos tiempos los ministros de paz, pues que resume las causas de merecimiento y simpatía entre todos los hombres y señaladamente entre los desgraciados!

Pudieran tambien los naturales haber añadido, que los franciscanos tan luego como el sayal se les caia á pedazos de viejo, en lugar de cubrir su desnudez con otra tela mas fina como pudieran, echaban mano de la tosca manta que fabricaban los mejicanos para el mismo objeto; pues tal es el origen del hábito azul que aquellos vistieron hasta nuestros dias, y que no usan los de su misma observancia en Europa.

Hasta este grado llegó el espíritu de confraternidad práctica de los frailes menores con los hijos de Méjico. Y si se reflexiona que entre esos frailes se contaban hombres tan eminentes en santidad, artes y letras como los Valencias y los Gantes, los Sahaguns y Torquemadas, los Margiles y Aparicios, no será fácil contener un movimiento de admiracion y gratitud.

Uno, sin embargo, se distinguió en esta parte sobre todos, y fue el popular y amabilísimo lego, cuya vida vamos á referir en el capítulo siguiente.

VII.

FRAY PEDRO DE GANTE.

¿Conoceis el canal que une la laguna de Texcoco con lagunita de san Lázaro? ¿Habeis entrado alguna vez en una canoa y caminado desde el embarcadero hasta el *Cubito*, deslizándoos muellemente por el agua aprisionada entre las dos orillas cubiertas de matorrales? ¿Seria posible que no hubiéseis visitado los baños del Peñon, del Peñon que no lejos de allí se levanta como una pirámide egipcia?

Pues bien, toda esa superficie, de aspecto adusto y desolado, cubierta de efflorescencias de sosa, que se dilata á uno y otro lado del canal, no existia en los primeros años que siguieron á la conquista, y en su lugar se veian espejear las salobres aguas del lago, que estendia sus brazos cristalinos para ceñir á la ciudad mas bella del nuevo mundo.

Por aquella superficie, entonces tersa y brillante como el escudo de un héroe de Homero, bogaron los bergantines que mandò construir Cortés y que tan poderoso auxilio le dieron para la toma de Méjico; en la misma se hundió destrozada la flota azteca despues de combatir heróicamente por la libertad de la patria, mientras las olas verdinegras se estrellaban contra las rocas porfiríticas del Peñon, que aparecia como un escollo, ó como el rostro de un titan asomando entre las aguas; y por ella tambien en un dia de júbilo, despues de tanta desventura, despues de tanta humillacion, se veia resbalar engalanada y risueña otra flota compuesta de canoas y chalupas, que no se

preparaba á ningun combate, y que en lugar de envenenadas pasiones solo encerraba corazones agradecidos.

I.

Hermosa está la mañana.

• El sol, que ha caminado apenas algunas horas en su carrera estiendo sus rayos benéficos por el espacio, dando lustre y vida á todos los séres, como el alma radiante de la creacion.

Todo á su presencia parece nadar en una atmósfera embriagadora de bienestar inefable.

La selva de pinos y madroños que forma la magestuosa vestidura de las montañas; los fresnos y sauces del valle, de cuyos troncos henchidos de savia brotan tiernos y graciosos renuevos; las aves que cantan cerca del nido situado en la parte mas recóndita del follaje, adonde apenas penetra un rayo de luz; el insecto de dorso azul y alas tornasoladas que zumba entre las mil florecillas silvestres de la llanura; el lago por allá tranquilo y silencioso, y mas acá ligeramente agitado, deslumbrador, armonioso, con sus innumerables y pequeñas olas, lenguas de luz que cantan, rien, suspiran y hablan entre sí, se persiguen, se chocan y confunden incesantemente; todo, todo en el gran cuadro que se ofrece á la mirada, se siente envuelto en el suave ardor del entusiasmo, y gozándose en la posesion de una felicidad imperturbable, no respira mas sentimiento que amor, ni tiene otra voz que armonía. ¡No! esta hora no es la del éxtasis de la naturaleza, no es el crepúsculo; es el momento de animación, es el momento de superabundancia de vida, de goce infinito, de regocijo sublime, de afecto apasionado, de himno universal!

II.

Entre tanto, bogan ligeros los esquifes de que se compone la flota, surcando armoniosamente las aguas al compás de los remos, de los cuales se desprenden gotas cristalinas.

¿A dónde se dirigen? ¿qué fiesta los atrae al centro del lago? Las matronas y las doncellas van sentadas á la popa, coro-